**El ABC de *Caballería roja* de Bábel:**

**Alas, Bestias y Caballos**

Molina Cueli, Santiago

Introducción

El escritor soviético Isaak Bábel, corresponsal de guerra de *El Jinete Rojo* en el frente soviético en Polonia durante la guerra civil, fue el autor de *Caballería roja*. Este libro contiene más de treinta relatos fragmentarios y discontinuos. Sin embargo, hay una voz narrativa, la del personaje Liútov, que, de maneras distintas, les da una continuidad a los relatos. Este narrador a veces se esconde tras otras voces y otras veces emerge y cuenta lo que ocurre en estas regiones polacas. Para realizar ese doble movimiento de esconderse y mostrarse, habilita otras voces y transcribe cartas de otros personajes. Esto genera cierta continuidad entre los relatos.

Liútov es tratado como un distinto entre los cosacos. Desde el principio, se burlan de él por usar anteojos. “De modo que un hijito de mamá –exclamó [Savitski, el jefe de la Sexta División] entre risas-, hasta con gafitas en la napia; un inútil más… Os mandan por las buenas, sin enterarse de que aquí a los que gastan gafas les cortan el cuello” (Bábel, 1999: 64) es el recibimiento que tiene apenas empieza a formar parte del ejército cosaco. Sin embargo, apenas después de eso, le dan una de las claves para ser aceptado: “eche usted a perder a una dama, a la más inmaculada, y verá como [sic] le quieren los soldados” (Íbid.). Los valores con los que se manejan los cosacos, son distintos a los valores, más humanistas, que maneja Liútov. Si los anteojos, la escritura y la lectura, que pertenecen sólo a lo humano, son despreciados, lo instintivo, lo animal, es puesto en primer lugar, dentro de el sistema de valores que es otro. “El experimento cognoscitivo[[1]](#footnote-1) que está en juego en esta diferencia concierne, en último análisis, a la naturaleza del hombre, más exactamente, a la producción y a la definición de esta naturaleza” (Agamben, 2006: 49). Agamben toma el concepto “experimento cognoscitivo” de Santo Tomás de Aquino:

Más bien, tenían necesidad de ellos para obtener en su naturaleza un conocimiento experimental [*Indigebant tamen eis ad eperimentalem cognitionem sumandam de naturis eorum*]. Dios condujo los animales ante Adán para que les impusiese un nombre que designaba su naturaleza (Santo Tomás de Aquino en Agamben, 2006: 48)

De este modo, Liútov, al narrar y describir, se posiciona como el hombre ante las bestias y es él quien nombra como animales a otros personajes[[2]](#footnote-2).

Este personaje-narrador establece una jerarquía de los animales. A grandes rasgos, en dicha jerarquía se pueden reconocer tres categorías que ordenaremos alfabéticamente: “A” de alas; “B” de bestias; “C” de caballos. A lo largo de este ABC, veremos que los animales pueden tener connotaciones diferentes. Vamos a focalizar en dos tipos de connotaciones contrarias: por un lado, vamos a centrarnos en los animales con valor positivo; por otro lado, en los animales con valor negativo. De este modo, lograremos entender cuál es la percepción cosaca de los animales y cómo se configuran los distintos vínculos (cosaco-animal, cosaco-cosaco, cosaco-no cosaco) a partir de ello.

**A** de alas

Las aves mencionadas en *Caballería roja* son gallinas y gallos, halcones, patos, canario, gansos, cisnes y una bandada de pájaros, como segundo término de comparación. La primera división que podemos hacer es si se establece un juicio de valor al respecto o no. De este modo, para quedarnos con los que sí tienen un juicio de valor, descartamos el “color canario” de la bufanda de Apolek (Bábel, 1999: 48), las nubes “luminosas como cisnes” (Bábel, 1999: 136), ya que, cuando tienen un matiz estético o poético, en *Caballería roja*, pierden la valoración positiva o negativa.

*De gallinas, gallos y galladas*

En primer lugar, en “Mi primer ganso”, luego de leer un discurso de Lenin, los cosacos dicen de él que “da en el blanco a la primera, como la gallina al grano” (Bábel, 1999: 66). Es claro el matiz positivo que tiene esta comparación, que resulta favorable a Lenin, puesto que se la usa para halagarlo: Lenin es preciso, directo y alcanza su objetivo.

En segundo lugar, en “Relato de la vida de Pavlichenko”, en un relato enmarcado, tenemos a Nikítinski que “se hinchó como un gallo” y habla mientras “se hace el gallo” (Bábel, 1999: 91). Aunque Nikítinski es un personaje negativo, este gesto es estratégico, ya que busca agrandarse para imponer autoridad e intentar intimidar a su adversario.

Si los cosacos son quienes están dentro de la norma, entonces Liútov y las mujeres quedan fuera de ella. Es por eso que este animal tiene un valor negativo cuando el narrador se queja: “Con todos mis respetos a la sección, he de decir, no obstante, que me asombra oír de vosotros semejante gallada” (Bábel, 1999: 111). Además, Sashka, en “Después de la batalla”, luego de la discusión de Akínfiev y Liútov, comenta, pensando en los hombres, que “[n]o piensan en otra cosa, los gallitos; sólo en romperse la cara” (Bábel, 1999: 171).

Esta especie, entonces, no tiene en sí un valor intrínseco, absoluto, sino relativo. No depende de si es hembra (gallina) o macho (gallo) o una derivación de estos sustantivos. En los pocos casos en los que aparecen, notamos cómo este “devenir gallx[[3]](#footnote-3)” es visto como algo bueno o malo según si quien crea la imagen pertenezca al sistema normativo cosaco o no.

*¿Ganso-hombre?*

Hemos dicho que Liútov tiene problemas para adaptarse a su nuevo contexto, pero todavía faltan más causas por decir. Una de ellas es que tiene que aprender a matar hombres. Liútov es ambivalente al respecto, ya que, por un lado, quiere

seguir el ejemplo del *pan* Apolek. Y todo, el dulce sabor de la ira soñadora, el amargo desprecio hacia los perros y cerdos de la humanidad, así como el fuego de la muda y embriagadora venganza, todo lo sacrifiqué por aquella nueva fe (Bábel, 1999: 47)

y, por otro lado, lo vemos “implorando al destino que me enseñara el más simple de los saberes: saber matar a un hombre” (Bábel, 1999: 171). Además, él mismo se declara “*molokán*”, contrario a “todo género de violencia” (Bábel, 1999: 170). Sin embargo, con respecto a los cosacos, “en vez de despreciarlos parece que [Liútov] los admira más aún, que los ve más nobles en su fiereza y su crueldad” y “desea […] ser aceptado por ellos” (Muñoz Molina, 1999: 220).

Liútov no logra, a lo largo de los más de treinta relatos, matar a ninguna persona. Sí logra, en cambio, matar un ganso y lo cuenta así:

“Un severo ganso se paseaba por el patio limpiándose impertérrito las plumas. Lo alcancé y lo aplasté contra el suelo; la cabeza del ganso crujió bajo mi bota, crujió y sangró. El cuello blanco quedó extendido entre el estiércol y sobre el ave sacrificada batieron las alas” (Bábel, 1999: 65).

Apenas después de eso, un cosaco dice “Este muchacho nos conviene” y otro lo llama “Hermano” (Bábel, 1999: 66). No mató a un hombre, pero esta violencia dirigida hacia el ganso produjo aceptación. Es más, incluso el ganso es personificado en el sueño donde el corazón de Liútov “crujía y sangraba” “por el asesinato” (Íbid.). A los animales no se los asesina, sino que se los mata o se los sacrifica, pero nunca se los asesina. Esta categoría sólo puede ser aplicada a las personas. Al usar este verbo para el ganso, se le está dando no un carácter animal, sino humano. Este es el momento de mayor coincidencia entre los mundos de los cosacos y de Liútov y sus cosmovisiones, hasta tal punto que luego le piden que lea el discurso de Lenin. El devenir hombre del ganso habilita al devenir cosaco de Liútov.

La escena anterior tiene un eco en el relato “Los Ivanes” donde Korotkov le dice a Iván Aguéyev: “Otro te habría roto el cuello como a un pato. Y no hubieras dicho ni *cua*” (Bábel, 1999: 143). Parece que la brutalidad de la muerte del ganso-hombre es semejante a la muerte del hombre-pato. La brutalidad es el modo para matar y asesinar y también habilita los devenires recién mencionados y, en especial, el devenir cosaco.

*Halcones valientes*

Sólo una vez aparece esta ave y lo hace en la carta de “La carta”. Aquí, Kurdiukov, cuando habla de los halcones que persiguen a los campesinos y sus caballos, los define como “valientes halcones” (Bábel, 1999: 40). Tanto miedo imponen, que los campesinos “huyen” y “parece que se los haya tragado la tierra” (Íbid.). De las aves que trabajamos hasta ahora, esta, se diferencia del resto porque aparece una sola vez y no hay metáfora, comparación ni devenir. Es un animal “crudo” cuya única intervención es un adjetivo en esta mediación en el discurso epistolar. Sin embargo, comparte con el resto que tiene un valor positivo.

*Abejas*

En “El camino de Brody”, ya desde las primeras frases están lejos de tener una imagen negativa: “Compadezco a las abejas. Las han destrozado ambos ejércitos contendientes. En Volyna no quedan ya abejas” (Bábel, 1999: 71). El narrador se lamenta de que “[e]n Volynia no quedan ya abejas” (Íbid.).

Hay otra apreciación, en el mismo relato. Afonka, el jefe del escuadrón cuenta “que estaba Cristo sufriendo en la cruz, y para darle tormento se le vinieron encima toda suerte de moscas” (Íbid.), pero las moscas, ante la presencia de una abeja, esperaban que ella picara primero para picar ellas después. La abeja se niega a picarlo porque Cristo “es del gremio de los carpinteros” (Íbid.), y, entonces, las moscas tampoco lo pican. A continuación, Afonka comenta: “Hay que comprender a las abejas” (Íbid.).

La ausencia de la que se lamentan al comienzo del relato se debe a que las abejas han estado del lado de Cristo, en vez querer atacarlo. De este modo, las abejas pueden ser vistas como defensoras de la fe cristiana. Por ello, hay cercanía entre las abejas y los cosacos, que son cristianos.

*Recapitulación “a vuelo de pájaro”*

En un principio, las aves están asociadas a la violencia. Con respecto a su valoración, por un lado, las aves sólo tienen un valor negativo cuando no pertenecen a lo cosaco. Por el contrario, cuando están dentro de este sistema, su valor se alza. Por otro lado, las abejas aparecen alejadas de la violencia. Como protegieron a Cristo en el relato introducido por un jefe cosaco, pertenecen al paradigma de las aves. Entonces, podemos concluir que lo alado, dentro del paradigma cosaco, tiene un valor positivo.

**B** bestias

Esta sección se diferencia de la anterior porque los animales que ubicamos aquí pertenecen a lo bajo. En general, veremos cómo se usan los animales para insultar. Los ejemplos de ello son mucho más abundantes que con las aves y, además, varios animales se repiten. Por eso, no conviene tanto ver qué funciones cumple cada animal como ver cómo se insulta a cada persona y qué implicancias acarrea ello.

*Bueno como* pan *Apolek y Guedali..*

En “**A** de aves” vimos que Liútov se promete “seguir el ejemplo del *pan* Apolek” (Bábel, 1999: 47). Esto implica despreciar a “los perros y cerdos de la humanidad” (Íbid.). Este pasaje recuerda a uno de Mateo en la *Biblia*, con el mismo el par de: “No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen” (Mateo 7:6). En ambos pasajes, coincide el valor negativo en uno y otro texto. Sin embargo, el sentimiento hacia estos es distinto. Liútov no quiere sentir la desconfianza que profesa Mateo, sino que prefiere sentir desprecio hacia los “perros y cerdos de la humanidad”, que no es lo mismo.

Podríamos creer que el desprecio llevaría a este hombre a matar a otro hombre, pero esto no ocurre porque Liútov, además de intentar seguir a su modelo Apolek, hace como Guedali, el único judío con una imagen altamente positiva en *Caballería roja*. En su tienda, se queja de la violencia de la revolución. Esta violencia viene del lado polaco y del lado soviético, es decir, de ambos frentes. De este modo concluye en que “la revolución la hace gente mala” porque “[l]os hombres buenos no matan” (Bábel, 1999: 61). Es así como Liútov no mata nunca a una persona.

*Carta a la madre*

En “La carta”, Kurdiukov cuenta que el padre “ha dado muerte al hermano Fiódor Timoféich Kurdiukov” (Bábel, 1999: 40): “Padre le echó el ojo a nuestro hermano Fiódor Timoféich y comenzó a dar cuchillo a Fedia llamándole «rata», «perro rojo», «hijo de perra» […] y lo maltrató hasta entrada la noche, hasta que mi hermano Fiódor Timoféich entregó el alma” (Íbid.). Kurdiukov intentó escribirle una carta a su madre pero ésta es interceptada por el padre, quien lo encara y le “dijo: «Todos sois hijos de vuestra madre, sois de su sangre, sangre de perra, he preñado a vuestra madre y la seguiré preñando, [...] como hay Dios que exterminaré mi simiente y lo que haga falta»” (Íbid.). En estos pasajes, el padre no sólo insulta a sus hijos, sino también a la madre de ellos. Estos insultos tienen un añadido: son machistas, patriarcales. Al decir que la ha “preñado” y al tratarla de “perra”, se está ubicando en el lugar del Macho. Con este rol que se autoimpone, se habilita a poder nombrar y definir, pero también a degradar a “rata” e “hijo de perra” y “exterminar” toda su “simiente”.

Definir es también colocarse en relación a lo definido. Por un lado, como hemos visto al comienzo de este trabajo, las personas pueden dar nombre. Por otro lado, a este dar nombre se le suma qué es lo que hace con lo nombrado. Al llamarla “perra”, por nombrarla así, tiene carácter de hombre, pero, al preñarla, él deviene “perro”. Entonces, vemos que están asociados este devenir-perro (o devenir-bestia) y devenir-macho.

*Darwinismo antisemita y antisemitismo darwinista*

En el relato “Zamostie” hay un diálogo muy crudo en el que se desea la exterminación de los judíos:

-Los judíos tienen la culpa de todo -prosiguió-: de lo vuestro y lo nuestro. Tras la guerra, pocos serán los que queden. ¿Cuántos judíos habrá en el mundo?

-Unos diez millones -contesté y me puse a embridar el caballo.

-¡Pues quedarán doscientos mil! (Bábel, 1999: 155)

Es lo que “Daniel Goldhagen llama «de exterminio»”, que “tiene una presencia constante, es como el encarnizamiento particular de una barbarie que no deja a salvo a nadie, pero que se consagra con una vehemencia particular en los judíos […] por el simple hecho de que son judíos” (Muñoz Molina, 1999: 222). Diferimos con el último sintagma de Muñoz Molina, ya que consideramos que el problema no es que los otros sean judíos, sino la concepción que se tiene sobre ellos, cómo se autoperciben los cosacos al ver a los judíos y las consecuencias que padecen los judíos.

En “El paso del Zbruch”, el primer relato, la primera vez que aparecen judíos se dice que “brincan mudos, cual simios” (Bábel, 1999: 34). Desde una perspectiva antropocéntrica donde el hombre es el centro, el simio vendría a ser un estadio menos evolucionado y, al convivir con humanos, una especie de parásito, cual pulga o piojo. Si los judíos no son considerados personas y “tienen la culpa de todo”, entonces, para la supervivencia de la especie humana, desde esta perspectiva, habría que “exterminarlos”.

Guedali es un personaje que ya hemos mencionado antes. De él, se dice que “serpentea en el laberinto”, que es su tienda. En la *Biblia*, la serpiente desempeña un papel fundamental en relación a Adán y Eva: es suya la idea de comer la manzana. La serpiente es astuta y habla. Como ya vimos, Guedali es una excepción entre los judíos. En su momento dijimos que esto era por la imagen positiva que se crea de él, y ahora sumamos su palabra, que lo diferencia de los judíos que, “cual simios”, “brincan mudos”. Podríamos entender que tenemos en uno al *Homo alalus* (Agamben, 2006: 74-75), justo en el instante previo al uso de la palabra, y en el otro al primer hombre que habla, todavía cercano al anterior, pero con un añadido, la palabra. ¿Será por esto que Liútov lo narra tan positivo? Esta imagen que él tiene de Guedali no es la que tienen los dos bandos en guerra. Tanto los unos como los otros son victimarios y depredadores suyos.

No mantenemos la tesis de Muñoz Molina sobre el odio injustificado. Para ello, asimilamos al antisemitismo el machismo del padre de “La carta”. Entendemos que no es odio sino un verse como superior y al otro como inferior y, en la medida de lo posible, reducirlo. Quienes pertenecen a este sistema normativo, quienes están dentro, se sienten habilitados, como con el derecho, por ser hombres, por tener uso de la palabra, es decir, por nombrar, clasificar y “exterminar”. Los judíos, así, son la otredad de este sistema fascista regido por estos cosacos y sus palabras-amo[[4]](#footnote-4). Por otro lado, recién dijimos “ser hombres” y no “ser personas” porque una mujer, la de “La sal”, dice que son “judíos Lenin y Trotski” (Bábel, 1999: 113). Le contestan que “ambos hombres, Lenin y Trotrski” los “arrastran hacia el libre camino de la vida” y luego la insultan diciéndole “pérfida ciudadana”, “contrarrevolucionaria”, “deshonesta” y que “no se la ve, como a la pulga, pero sí pica, pica y pica” (Ibid.) y luego se la tira del tren, en plena marcha. Otra vez se hace uso de la fuerza, no solo de la palabra, sino también física. La mujer y el judío, víctimas de este sistema.

*Devenires bajos*

Hacer devenir animal a los otros mediante insultos, de cierta manera, implica que quien enuncia deviene persona. En estos casos, no se deviene persona, sino hombre. Es más, en algunos casos vemos el devenir-cosaco, ya que desde esta perspectiva cosaca, machista y patriarcal es que se degrada a otros. Por otro lado, hay un doble devenir que nos interesa, que consiste en hacer devenir animal a otra persona, además de hacerse devenir hombre a sí mismo, se hace devenir animal al preñarla. Si ya es violento hacer devenir, en especial a algo más bajo, hacer devenir a otra persona a algo más bajo y a sí mismo al mismo nivel y luego devenir hombre de nuevo es aún más violento. Este devenir-animal, devenir-bestia y al mismo tiempo devenir-hombre, desde una perspectiva exterior a la cosaca, puede considerarse un devenir-monstruo por la multiplicidad y dificultad para poder definirlo.

**C** de caballo

Ya desde el título, los caballos son importantes en el libro, entre otras cosas, porque “sin monturas no hay ejército” (Bábel, 1999: 44). Además, juegan un rol fundamental entre los cosacos. De todas las personas y de todos los animales, el caballo es el único del que sólo se habla bien. Entre todos los seres vivos, es el que mejor trato recibe. Incluso, a ninguna persona se la trata como un caballo.

*¿Cómo saber si es un caballo?*

En “El jefe de la remonta”, un *mujik* se queja de un caballo que recibió y que está tirado y moribundo. Diákov logra ver lo que nadie en este caballo. No cree que haya que sacrificarlo y confía en él. Por eso, logra conseguirle una segunda oportunidad. De Diákov aprendemos que “el hecho de que el animal se haya caído no significa nada. Si un caballo cae, pero se levanta, sigue siendo un caballo” (Bábel, 1999: 45) y, por lo tanto, este caballo casi muerto, puede valer hasta quince mil rublos, e incluso veinte mil si el caballo “tuviera algo más de alegría” (Íbid.). El caballo, para ser caballo, no debe rebajarse, sino que debe permanecer en lo alto, de pie. Sólo así puede ser considerado como tal.

*Devenir persona*

Los caballos no son salvajes en *Caballería roja*. Decir que son domesticados no es tan acertado como decir que son criados. Este verbo connota más cercanía y familiaridad que “domesticar”. Las personas no domesticamos personas, sino que las criamos. Del mismo modo Kurdiukov de “La carta” trata a Stiopa, su caballo. Al comienzo de la carta, él pide a su madre que le escriba cómo está “mi Stiopa, si sigue vivo o no” y le ruega que “lo vigile y escríbame cómo está, si aún tropieza o ha dejado de hacerlo” (Bábel, 1999: 39-40). Hasta acá podríamos pensar que es una persona, no hasta apenas unas frases más adelante, que quiere saber “si lo han herrado o no” (Bábel, 1999: 40). El tono afectuoso en del que habla de su Stiopa nos da a entender el cariño y amor que siente hacia él. Tal es este sentimiento, que necesitamos el verbo “herrar” para saber que no se trata de un ser humano, sino de un caballo, aunque se lo trate como persona, como a un hijo.

Por otro lado, muy lejos del caballo como criatura, está el caballo ya grande. En “Afonka Bidá” conocemos un perfil distinto dentro de este paradigma. Una vez muerto en combate el caballo de Afonka, entre los lamentos, leemos:

-Desde casa lo trae, al animal -dijo el bigotudo Bitsenko-, ¿dónde va a encontrar otro igual?

-El caballo es un amigo -replicó Orlov.

Y un padre -suspiró Bitsenko-; las veces sin cuento que te salva el pellejo. Perdido está Bidá sin su caballo… (Bábel, 1999: 122)

Antes, habíamos visto al caballo como un hijo. Recién, lo vimos como amigo y como padre. Lejos de ser nada más un arma o una ventaja en la guerra, el caballo no sólo es un miembro del círculo social cosaco, sino también un miembro de la familia cuya pérdida se lamenta. En “**B** bestias”, notamos cómo los cosacos intentan posicionarse por encima del resto. Acá, es claro que ponen al caballo a su mismo nivel (caballo como “amigo”) e, incluso, a uno más alto (caballo como “padre”).

Por último, el caballo, además de ser un padre y protector, puede ser maestro. En “Argamak”, Liútov recibe un caballo que se llama Argamak. Al principio le es difícil domarlo. Nos dice:

El tormento que yo padecí con *Argamak* supera casi toda fuerza humana. […] Era un potro domado para el trote cosaco, para el singular galope cosaco: seco, frenético, brusco.[[5]](#footnote-5) Llevaba *Argamak* un paso largo, tenido y terco. Con este paso del demonio me sacaba de la formación […] De modo que iba yo dando botes como un saco sobre la larga y seca espalda del potro. Le descarné la espalda. El animal se cubrió de llagas. (Bábel, 1999: 179)

Argamak era un caballo para ser montado por un cosaco. A comienzos de este trabajo, vimos que Liútov tenía dificultades para adaptarse a este ambiente. Todavía es distinto y, aún peor, le hace mal a su caballo. El jefe del escuadrón le dice: “Cuatro ojos, has anulado al animal” (Íbid.). Luego nota que, en su presencia, “los cosacos callaban” y, a sus espaldas, lo “acechaban” y ya no le pedían que les escribiera las cartas (Íbid.). No poder montar al propio caballo y encima lastimarlo significa exclusión social.

Liútov tiene un sueño recurrente en el que cabalga “al trote sobre *Argamak*” y los cosacos lo saludan o no notan ninguna cosa rara en su modo de andar, cabalga y es feliz (Bábel, 1999: 180). También se lamenta de su soledad: “Yo estaba solo entre aquellos hombres, y nunca logré ganarme su amistad” (Bábel, 1999: 182). Al final de este relato, su sueño se cumple y Liútov, trasladado al Sexto escuadrón, nota:

Allí las cosas me fueron mejor. Sea como sea, *Argamak* me enseñó a montar como lo hacía Tijomólov [el dueño anterior]. Pasaron los meses. Mi sueño se hizo realidad. Los cosacos dejaron de seguirme con la mirada, a mí y a mi caballo (Bábel, 1999: 183)

Podemos concluir, a partir de estos últimos dos casos, que el caballo coincide con la figura paterna al ser fundamental para la protección y educación para la inserción a la sociedad.

*Despotrados*

Acabamos de ver cómo los caballos son amados. Del mismo modo que traen felicidad, perderlos trae todo lo contrario. A continuación, veremos que en “Historia de un caballo” y en “Afonka Bidá”, quienes perdieron sus caballos despotrican y destruyen todo.

“Historia de un caballo” plantea desde el primer párrafo el conflicto: “Un día Savitski, nuestro jefe de división, le quitó a Jlébnikov, el jefe del primer escuadrón, un potro blanco” (Bábel, 1999: 98). Luego Jlébnikov recurre al Estado Mayor del ejército y le responden con una fallo favorable. En consecuencia, “Jlébnikov, que no cabía en sí de dicha, se hizo cien *verstas*” para ir a buscar a su caballo. Ahí le presenta a Savitski el fallo, pero se vuelve sin su caballo. Después vuelve a reclamar ante el Estado Mayor del ejército, pero esta vez no le dan el apoyo que esperaba. En consecuencia, se da de baja del partido Comunista de los bolcheviques y escribe en la carta llorando “con lágrimas en los ojos, lágrimas que no son propias de un soldado, pero que de todos modos me caen sin cesar y me hieren el corazón, y me lo hieren hasta hacerme sangre…” (Bábel, 1999: 100) y escribe varias páginas más. Y luego se lamenta “Mátame, Savitski -aulló cayendo al suelo-. ¡Mátame de una vez!” (Bábel, 1999: 101). En esa caída al suelo, tenemos los ecos de “El jefe de la remonta”. Tal es la unión de Jlébnikov y su caballo, que son como uno, y esto implica un devenir-caballo. Recordemos que si un caballo “no se levanta, entonces ya no es un caballo” (Bábel, 1999: 45) y no hay que dejarlo vivir.

Por otro lado, en “Afonka Bidá”, “una bala atravesó el cuello de su caballo [de Afonka]” (Bábel, 1999: 121). Luego desaparece y de él se conoce “sólo el rumor tenebroso que llegaba de las aldeas, la huella salvaje y sangrienta de las correrías de Afonka” (Bábel, 1999: 122). “[A] la caza de un caballo” (Bábel, 1999: 123),

[l]o veían apostado, al acecho de jinetes polacos, o recorría los bosques rebuscando los rebaños de caballos que los *mujuks* habían escondido. Incendiaba pueblos y fusilaba por encubridores a síndicos polacos de aldea. Los ecos de este duelo titánico llegaban a nuestros oídos (Íbid.)

Este “duelo titánico”[[6]](#footnote-6) coincide con el dolor de Jlébnikov en la medida de que ambas pérdidas los llevan a la destrucción. La diferencia entre uno y otro es que, por un lado, Jlébnikov tiene impulsos autodestructivos y, por otro lado, Afonka, en vez de dirigirlos hacia sí mismo, genera una destrucción centrífuga.

*Andar a caballo, andar vivo*

Los caballos, en tanto se puede[[7]](#footnote-7) establecer un vínculo afectivo con ellos, mueven y conmueven a los cosacos. Así como “sin monturas no hay ejército”, una vez con caballo, hay vida y Eros, pero ya sin él, una vez perdido, sólo hay muerte y Tánatos, destrucción.

**D** de Deleuze

Luego de recorrer este ABC de *Caballería roja*, podemos concluir que los animales, independientemente de si tienen un valor positivo o negativo, en su mayoría, enaltecen al hombre-macho cosaco por medios diversos. Dijimos “en su mayoría” porque en algunos casos los animales son usados como insultos por los cosacos, y esto implicaría cierto descenso. Sin embargo, hemos demostrado que esta “mayoría” es una totalidad dentro del sistema-paradigma normativo cosaco. Los animales sirven para enaltecer a los cosacos, dentro de esta perspectiva.

Aunque afirmamos “que los animales son manadas, y que las manadas se forman, se desarrollan y se transforman por contagio” (Deleuze, 2003: 248), Liútov intenta pertenecer a la manada, pero a cierta distancia, sin contagiarse del todo. Pese a no coincidir en la violencia que ello implica, intenta pertenecer, busca la aceptación cosaca pero con la intención de “no tener enemigos” (Bábel, 1999: 183). Entonces, busca ser parte de lo cosaco, pero no en el centro, sino que, seguramente, más cerca del borde. Desde ahí puede pertenecer, pero a una distancia tal que, con sus “cuatro ojos” puede observar.

*Caballería roja* termina, originalmente, en “Argamak” y tomamos la decisión de leerlo como último relato. Descartando “El beso”, añadido de manera póstuma y tardía, el último relato es aquel en el que Líutov cumple su sueño, aprende a andar a caballo y es aceptado entre los cosacos: es uno más de ellos. “La manada es a la vez realidad animal y realidad del devenir-animal del hombre” (Deleuze, 2003: 248). De este modo, a causa de este devenir-cosaco de Liútov, que es también un devenir-animal, la palabra, los relatos y *Caballería roja* ya no tienen más posibilidad de enunciación porque “el hombre es el formador de mundo” (Heidegger en Agamben, 2006: 95), y sin hombre que forme el mundo, sin Liútov que mire, organice y cuente, *Caballería roja* no puede ser.

**Bibliografía**

Agamben, Giorgio (2006) *Lo abierto, el hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editores.

Bábel, Isaak (1999) *Caballería roja*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.

Bíkov, Dmitri (2012) “El cuatro ojos y los centauros” en *Literatura soviética. Breve curso*, Moscú:Prosaik.

Casidoro de Reina y Cipriano Valera (1960) *Santa Biblia*.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2003) *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos.

Link, Daniel (2019) “SXX 2019 13 Ingeborg Bachmann” disponible en <https://new.edmodo.com/post/698674958>.

Muños Molina, Antonio (1999) “Epílogo” en Bábel, Isaak. *Caballería roja*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.

1. Agamben toma este concepto de la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino. Allí, el santo escribe que “Dios condujo los animales ante Adán para que les impusiese un nombre que designaba su naturaleza”, lo que significa que el hombre es quien puede nombrar lo que lo rodea. [↑](#footnote-ref-1)
2. Si bien dentro de los relatos algunos personajes humanos tratan de animales (tanto con insultos como con halagos) a otros, los leemos a través de lo que narra Liútov. El resto de los personajes son hablados por él: él los hace hablar. [↑](#footnote-ref-2)
3. Decidimos emplear esta flexión en vez de “gallo”, “gallina” y “gallada” porque nos permite, en una sola desinencia, comprender todas las que hemos usado hasta el momento. [↑](#footnote-ref-3)
4. Para profundizar al respecto de la relación entre fascismo, machismo y las palabras-amo, consultar Link, Daniel “SXX 2019 13 Ingeborg Bachmann”. [↑](#footnote-ref-4)
5. En “B de bajo, bestias y bichos”, vimos cómo los cosacos posicionaban al resto más bajo para estar ellos mismos más arriba. En este pasaje, muy por el contrario, vemos cómo los cosacos se enaltecen gracias a su destreza, pero no cualquier destreza, sino una relación con sus caballos. [↑](#footnote-ref-5)
6. Si los titanes son divinidades superiores a los dioses, entonces, en esta hipérbole, vemos la altura desmesurada del caballo en la escala de valores cosacos. [↑](#footnote-ref-6)
7. En “Argamak”, se cuenta que el padre de Pashka, “fuerte como un toro” (Bábel, 1999: 180), para elegir caballos buenos, les da “un mazazo con el puño, le[s] atiza entre los ojos” (Bábel, 1999: 181) y si mueren no les sirve, porque los necesita más fuertes “para mi caza” (Íbid.), dice. De este modo, los caballos siguen siendo valiosos, porque se los busca como compañeros: se busca al mejor. Sin embargo, hasta no encontrar uno y depositar el afecto en él, no parece tan relevante si el animal vive o no. [↑](#footnote-ref-7)